

ánccora

La Nación, domingo 22 de julio de 1984



Lola Fernández, paso a paso en su obra



Rocío Fernández de Ulibarri

Cuando Lola Fernández comenzó a hacer obras de vanguardia en los últimos años de la década de los 50, el nuevo arte costarricense comenzaba a gestarse. Junto a Manuel de la Cruz González y a Rafael A. García, impulsó el arte moderno en el país, al plantearse el problema de la renovación creadora.

Lola Fernández nunca desembocó en la abstracción pura; aunque la mancha le interesa por sus cualidades plásticas —texturas— y emocionales —inconscientes—, su arte ha oscilado entre la abstracción y la figuración.

Pocos artistas han producido una obra tan convincente en su calidad plástica. En sus 30 años como pintora, que celebra con una exposición retrospectiva en el Museo de Arte Costarricense, cientos de cuadros dan prueba de esa consistencia. Unos 80, representativos de más de 20 series, son vitales para la comprensión de su arte en conjunto.

Lola Fernández pinta en serie. Cada serie está regida por un tema y la investigación de un problema formal específico, cuya solución se materializa en un conjunto de variaciones, inclusive cambios técnicos: dibujo, grabado, relieve, "collage", acrílico.

Sus imágenes oscilan entre la abstracción y la figuración. Y aún cuando están realizados en formas enteramente nuevas, siempre corresponden invariablemente a un lenguaje reconocible, lo que algunos llaman estilo o caligrafía propia. Los cambios de materiales y de escala conducen a modificaciones en cuanto a concepción, pero siempre hay un estilo reconocible.

El crítico de arte José Gómez Sicre escribió al respecto para una monografía relacionada con su exposición: "No puede haber antagonismo alguno entre lo que produce Lola Fernández cuando observa el mundo de lo real o lo que produce en el mundo inexistente de las formas que ella inventa".

"Figurativa o abstracta —aclara el ex director del Museo de Arte Moderno de América Latina en Washington—, su obra me ofrece una unidad conceptual, un apretado haz de ideas y sugerencias que se aparta de toda dicotomía. Veo sólo un impulso que anima una cosa u otra; puedo, además, descifrar su escritura plástica, cuando ésta describe o cuando la pintora sueña y hace generar su fantasía. Esto es lo que denominamos el asiento de una personalidad, una expresión absoluta y única. La podríamos llamar también unidad de creación. El caso es que, de un lado o del otro, Lola Fernández no confunde al espectador."

Lola Fernández pinta en serie. Cada serie está regida por un tema y la investigación de un problema formal específico, cuya solución se materializa en un conjunto de variaciones, inclusive cambios técnicos. Sus imágenes, que oscilan entre la abstracción y la figuración, siempre corresponden a un lenguaje reconocible, a una unidad de creación.



La regeneración de su arte, sus ritmos evolutivos, según dice Lola, están en la profundidad y simbolismo de los temas. En 1971, por ejemplo, surge la serie de *La máquina* como un período de espacios simples y acumulación de elementos, que reaparece en 1982 con otro concepto: testimonial.

"Mi pintura es simple, no creo que sea difícil de entender." Y la pintora lo afirma así porque está convencida de que lo abstracto siempre figura algo: un mundo fantástico re-presentado. En esas re-figuraciones, las pinturas abstractas de Lola prolongan el desarrollo de sus imágenes reconocibles, hay continuidad y unidad en el manejo de una tendencia y otra.

"Pinto intuitivamente. Yo no teorizo con anterioridad, me lanzo a la tela con un tema sobre el cual no especulo. No me interesa lo anecdótico ni lo literario sino el lenguaje plástico sugerente. Me interesa mucho el color, el detalle insólito y arbitrario como símbolo. Las palabras comprometido y contenido, relacionadas con el arte, están pasadas de moda."

El color vibrante y fuerte, el contraste tonal, los empastes, raspaduras y "collages" interesan mucho a la artista, al igual que el diseño de gran formato y la repetición de ciertos elementos plásticos en la composición.

Sin embargo hay series que difieren de otras en la conceptualización misma de las imágenes: su gran interés por el hombre en la serie *Los viejos* (libre figuración), crítica social en *La máquina* (agrupa elementos disímiles, tomados de la realidad, y produce un todo abstracto, apelando al manejo del "collage" con la inserción de figuras recortadas), el juego formal de los *Arquetipos* (retratos sin concesiones), el espíritu asiático de una extensa serie de cuadros de la década de los 60, el arte pesado de sus relieves.

"Todo cuadro tiene contenido. Hay pintura buena o mala. Y yo creo que todo lo mío dice algo. A lo único que aspiro es a pintar bien y dejar una obra válida. Esa es mi motivación, si lo logro, estaré satisfecha".

Así responde Lola Fernández a la crítica que de su obra, aunque es preciosa en su técnica, carece de motivaciones profundas.

"Mi obra está entretejida en experiencias personales o motivaciones circundantes. No me interesa la originalidad ni el compromiso. Sea cual sea el concepto o el tema me interesa sobre todo el lenguaje plástico sugerente."

Gómez Sicre agrega que "así son los pintores no ilustrativos, los que jamás subordinan plasticidad a significados extra pictóricos".

La mejor medida la da su propia obra expuesta en forma retrospectiva, en un homenaje a una de las figuras más destacadas del arte costarricense actual. La selección de obras representativas de 30 años de quehacer artístico permite valorar en conjunto el aporte de Lola Fernández al arte nacional.